

EL CAMBIO MUNDIAL/GLOBAL IMPARABLE.

Los seres humanos tenemos una relación paradójica con la innovación, con el cambio tecnológico. Por una parte, somos nosotros los que lo producimos. Lo buscamos con ahínco, invertimos esfuerzo y dinero, y, cuando llega, lo admiramos al mismo tiempo que nos admiramos a nosotros mismos, como diciendo: es asombroso lo que hemos conseguido. Y, por otra parte, le tenemos miedo, nos decimos que tal vez hemos ido demasiado lejos, que hemos desatado fuerzas que no podremos controlar, que se abre ante nosotros un periodo de incertidumbre frente a la seguridad de un pasado idealizado. Ese pasado ideal, esa edad de oro a la que cantaba Don Quijote, no ha existido nunca, pero en cambio sí es cierto que el futuro lo escriben en buena medida científicos poco conocidos trabajando en laboratorios de escaso glamur, y no tanto políticos y representantes públicos en despachos situados en respetables edificios institucionales. Nadie piense que pretendo reducir la influencia de los políticos o descargar nuestra responsabilidad en otros. Podemos hacer mucho daño si nos lo proponemos, e incluso sin proponérselo. Y también podemos conseguir algunos beneficios para la sociedad, de vez en cuando.

Pero nada transforma el mundo como la innovación y la tecnología. No ha habido una revolución mayor para la humanidad que aquella que se produjo en el Neolítico cuando comenzamos a trabajar la tierra. La agricultura, ese sector que hoy vemos como tradicional, fue una innovación de tal importancia que ni siquiera puede decirse que cambiara la Historia: sin agricultura no sabemos siquiera si hubiera habido Historia. Y es seguro que no habría habido política.

Pero hubo agricultura, asentamientos, ciudades, Estados, leyes y política. Y aquí estamos, para hablar de cómo el mundo se está transformando a una velocidad de vértigo ante nuestros ojos, de lo que está pasando y de lo que puede pasar. Cuando se habla de estos asuntos se corre el riesgo de deslizarse por la pendiente de lo posible hasta el charco de la profecía. No es esa mi intención, por mucho que me interesen los trabajos de Yuval Noah Harari o de la periodista Marta García Aller, que han puesto el foco sobre lo que se nos viene encima de una forma muy estimulante y a veces alarmante. Yo quiero centrarme más en los retos que tiene la política en relación con la innovación, y voy a hacerlo, como es natural, desde un punto de vista, sobre todo, europeo. Y digo como es natural no porque yo sea eurodiputada, sino porque resulta provinciano hablar de estas cosas, de estas grandes corrientes de nuestro tiempo, desde la perspectiva de un pequeño país en un extremo de Eurasia. Tenemos la suerte de ser parte de la Unión Europea, que sí tiene capacidad de influir en lo que está por venir.

También quiero hacer una advertencia pública que es a la vez “disclaimer” y “spoiler”, si me permiten los anglicismos: mi visión es liberal. Liberal en un sentido amplio e integrador, liberal como defensora del orden internacional multilateral; liberal como lo es el modelo de democracia que conocemos en Occidente; liberal como opuesta a populismos y nacionalismos; liberal sin dogmas, capaz de integrar posiciones socialdemócratas o perspectivas moderadamente conservadoras en según qué cuestiones. Les anuncio a ustedes en primicia que en el próximo mes de septiembre se publicará un libro mío en el que explico en detalle mi proyecto liberal, que es ya el de millones de personas. Lo edita Deusto y se titula Eres liberal y no lo sabes.

Vivimos un fuerte desafío al orden liberal que surgió de la posguerra mundial. Trump, el brexit, la oscura influencia de Rusia, la pujana de China, las democracias llamadas iliberales de Polonia, Hungría o Turquía. Son buenos tiempos para los nuevos autoritarios, y en parte su fuerza se debe al cambio tecnológico que ha permitido deslocalizar industrias y precarizar antiguos empleos en los países de Europa y Norteamérica. Apenas tengo dudas de que los Trump, los Orbán o los Putin terminarán fracasando en el largo plazo, porque no comprenden las fuerzas tecnológicas ni tienen una respuesta a los desafíos que plantean. Sólo pueden ofrecer polarización identitaria, y con esto se pueden ganar una o varias elecciones, pero no se puede construir nada. Antes o después, los ciudadanos los echarán del poder, a ellos o a otros como ellos, aunque por el camino puedan producir graves daños. El mejor ejemplo es el brexit.

Durante un tiempo, la respuesta liberal fue la autocrítica. Creíamos que si encontrábamos lo que había fallado podríamos ofrecer soluciones para los votantes que se estaban decantando por el populismo. Fue un error. No lo fue hacer autocrítica, eso es imprescindible y es una de las cosas que nos diferencian de los populistas; fue un error pensar que con eso bastaría. Necesitamos un discurso nuevo y nuevas propuestas para el futuro, pero necesitamos sin ningún género de dudas plantar cara en campo abierto, desmontar las mentiras y los mitos nacionalistas y populistas y ofrecer una perspectiva histórica. Los liberales ofrecemos algo que ya ha funcionado, por más que haya que actualizarlo; ¿qué ofrecen los populistas y los nacionalistas? Nada.

En este sentido, creo que la Unión Europea no debe hacer concesiones a los populistas como las que se han hecho, por poner un ejemplo reciente, en el falso acuerdo migratorio que se cerró en la última cumbre del Consejo Europeo. Lo que necesitamos, en este asunto y en casi todos los demás, son políticas europeas, un nuevo impulso a la Unión que nos permita tomar el liderazgo económico, comercial, político, militar y moral que los Estados Unidos han decidido abandonar de la mano de su actual presidente. Debemos ser los nuevos adalides del libre comercio, de la seguridad global, de la lucha contra el cambio climático, de los derechos humanos y del marco multilateral en las relaciones internacionales. Y todo esto exige reformas ambiciosas, algunas de las cuales ha planteado el presidente de Francia, Emmanuel Macron. De su éxito depende, en buena medida, el destino inmediato del mundo.

Aterrizando un poco más cerca de casa, hay algunos desafíos concretos del cambio tecnológico sobre los que ya estamos actuando. La nueva economía digital prometía un mejor reparto del poder político y económico. En cambio, lo que hemos visto es surgir nuevos gigantes que, tras una hábil gestión de su imagen, han resultado tener las mismas ambiciones que los viejos monopolios: controlar sus respectivos mercados y exprimirlos al máximo. La lucha por una competencia libre y justa en la economía es un viejo emblema liberal en el que Europa ha tomado ahora la iniciativa, y en particular la comisaria de Competencia Margrethe Vestager.

Vestager (y con ella, la Unión) ha sido acusada de intervencionista y de enemiga de la libertad económica por las enormes multas que ha impuesto a los modernos gigantes tecnológicos, en particular a Apple, Google, Facebook y Amazon por prácticas anticompetitivas, es decir, por impedir de forma abusiva que otras empresas puedan hacerles sombra. Se suele decir que Europa castiga a las empresas que es incapaz de crear. El cambio, la innovación, siempre vienen del otro lado del Atlántico, y nosotros, en

lugar de recibir a estas nuevas multinacionales con los brazos abiertos, les damos la bienvenida a palos (es decir, a multas). Pero, como decía, Europa sólo hace aquello en lo que en otro tiempo Estados Unidos fue pionero. Como ha señalado Guy Sorman, sin presiones políticas e indiferente a los lobbies, la Unión adopta e impone una posición netamente liberal, de verdadera “economía de mercado”, garantizando la libre competencia y dando primacía al interés del consumidor. Mientras, Estados Unidos se convierte cada vez más en una “economía capitalista”, que da preferencia al accionista de las grandes empresas y grupos de presión que, a su vez, suelen financiar las campañas republicanas. Creo en el libre comercio como una fuerza de progreso, pero se trata de una creencia basada en hechos y datos, no es fe ciega. Soy consciente de que la economía de mercado genera ineficiencias que hay que corregir. La tendencia al monopolio que muestran los gigantes mencionados y otros de sectores más tradicionales (energía, infraestructuras, telecomunicaciones...) es innegable y amenazadora. Factores como la estandarización o las economías de escala hacen que el primero que llega (o, a veces, el segundo, como ocurrió en la batalla entre Apple y Microsoft por copar los sistemas operativos de los ordenadores personales) se quede con toda la tarta. Y al principio a casi nadie le importa, hasta que descubrimos que, si no hay competencia suficiente, estamos en manos de un único proveedor que puede hacer con nosotros casi lo que le parezca. El libre comercio necesita instituciones adaptadas a la realidad de la globalización, y la Unión Europea ha sabido en buena medida hacer frente a esta realidad, al menos hasta el momento. Debemos permanecer alerta y detectar lo antes posible los próximos cambios, la nueva revolución económica que lo cambie todo.

Y también debemos vigilar aspectos hasta ahora insospechados, como la capacidad de estas empresas para utilizar los datos personales de sus usuarios con fines oscuros y de forma contraria a las leyes. Lo hemos visto en el caso de Facebook y Cambridge Analytica. Aunque la normativa europea otorga una mayor protección que la estadounidense, también aquí se han sufrido los abusos de la empresa de Mark Zuckerberg, y en este caso debo decir que la respuesta de Estados Unidos fue más contundente y clara que la europea. Debemos permanecer vigilantes en defensa de la legalidad y de los derechos de los ciudadanos.

Hasta ahora he hablado de cómo afrontar las consecuencias desagradables del cambio tecnológico, pero no querría que nadie se quedara con la impresión de que soy tecnófoba. Al contrario, como liberal soy optimista y creo que el progreso económico y social vendrá de la mano de la innovación. Ante retos cruciales como el envejecimiento de la población, la precarización del trabajo o el calentamiento global, la respuesta será en muy buena medida tecnológica. Necesitamos modelos de crecimiento basados en la investigación y el desarrollo. La cuestión es cómo impulsarlas. Tal vez les sorprenda que desde mi punto de vista liberal defienda a este respecto el papel esencial del Estado. Esto podría deberse a cierto aspecto del Estado que ha pasado históricamente desapercibido.

Es probable que ustedes conozcan el discurso de Steve Jobs en la Universidad de Stanford, en la cual nunca llegó a graduarse. Esa intervención ha inspirado a emprendedores de todo el mundo. Jobs, a pesar de su aspecto zen, hace un llamamiento lleno de pasión a los estudiantes para que se entreguen a la innovación, fuerza principal en la economía y en el progreso humano. El fundador de Apple utiliza una creencia muy extendida: es la iniciativa privada la que crea, la que innova, mientras que el sector público va quedándose obsoleto y

termina siendo el esqueleto de un dinosaurio enterrado en el desierto.

La economista italiana Mariana Mazzucato utiliza en sus charlas y en sus escritos el discurso de Stanford para señalar algo que, siendo público y notorio, muchos suelen ignorar (sin duda, por el sesgo de confirmación de Kahneman y Tversky): que las innovaciones que hicieron la fortuna de Jobs y todavía hacen la de Apple fueron obra del Estado, y no de la iniciativa privada. Mazzucato explica con soltura que el iPhone, el producto emblemático de la marca, es un dispositivo que usa internet, un invento del departamento de Defensa de los Estados Unidos; una pantalla táctil, un invento del departamento de Defensa de los Estados Unidos; un GPS, un invento del departamento de Defensa de los Estados Unidos; y un protocolo de voz (Siri), un invento del departamento de Defensa de los Estados Unidos. Todas las innovaciones clave proceden del Estado.

No ocurre sólo con el iPhone, sino con infinidad de otras innovaciones en campos muy diferentes, desde la medicina hasta las energías renovables. Y sucede por un motivo: los avances realmente rompedores, los que cambian las reglas del juego, no pueden predecirse, sino que son el resultado de investigaciones que no ofrecen, al comenzar, ninguna garantía de éxito. Esto hace que la iniciativa privada las financie en raras ocasiones. Como dice Mazzucato, el llamado capital riesgo sólo aparece cuando el riesgo es ya muy limitado. La mayor parte lo ha asumido el Estado. Muchas veces fracasa, pero cuando acierta, el mundo cambia. Y esto es así porque así somos las personas, incluidas las más audaces: no saltamos al vacío sin intuir, al menos, que hay una red debajo. En cambio, el Estado tiene la fuerza suficiente para sobrevivir a las caídas y seguir intentándolo.

¿Dice Mazzucato, entonces, que Jobs no hizo nada? En absoluto. Jobs tuvo el talento empresarial suficiente para unir unas tecnologías aisladas a través de un diseño maravilloso y vender unos dispositivos nada baratos como si fueran cacahuetes. Y en esto, probablemente, siempre será mejor la iniciativa privada. Por eso, lo que defiende la economista italiana –y yo con ella –es un nuevo papel para el Estado como innovador y como emprendedor, que pueda colaborar con el sector privado para dinamizar la economía y aportar crecimiento y prosperidad. Eso sí, ese nuevo papel (que en realidad no es nuevo) debe ser reconocido y retribuido adecuadamente. Si Apple le debe tanto (de hecho casi todo) al Estado, entonces no es justo que luego mueva sus sedes a los lugares donde menos impuestos se pagan.

Debemos reconocer el papel del Estado como innovador, porque así podremos diseñar buenas políticas de I+D+i, porque podremos establecer alianzas justas con el sector privado y porque tendremos más autoridad para relucir a las grandes empresas que viven de estas innovaciones que contribuyan al Estado del bienestar en justa correspondencia a lo que ellos han recibido.

Aunque había prometido no practicar el intrusismo profesional en el ámbito de los profetas, no puedo terminar sin hacer alusión a algunas de las incertidumbres que se nos presentan en relación con el cambio tecnológico. Se habla con naturalidad sorprendente del fin del trabajo, del fin de la muerte y hasta del fin de la especie humana. Sin llegar a tanto, lo que sí parece claro es que muchos puestos de trabajo tradicionales están comprometidos por el avance de la automatización. ¿Nos encontraremos con grandes masas de desempleados? Y en relación a la salud, ¿de verdad nos aproximamos a esperanzas de vida superiores a los 100 años? ¿Se podrán curar enfermedades que hoy en día son una condena a muerte?

¿Qué ocurre con el diseño genético, con la capacidad –que ya existe en buena medida –de seleccionar genes para nuestros hijos? Las tecnologías que lo harán posible estarán disponibles, al menos en una primera fase, sólo para los pocos que puedan pagarla. ¿Habrá castas basadas en los genes en lugar de en la procedencia social? ¿Qué efectos habrá sobre las pensiones y sobre el gasto sanitario? ¿Cómo protegeremos el valor de la igualdad?

Nadie puede dar una respuesta completa a los desafíos que nos esperan. Pero sí tengo claro que debemos reflexionar sobre estas preguntas desde un marco liberal y global, que a día de hoy, para nosotros, significa europeo. No debemos tener miedo a entrar en debates como el de la renta básica universal, por poner un ejemplo, o en el de regulaciones en materia de sanidad. Un liberalismo globalista, multilateral e integrador es la mejor respuesta que podemos dar a este mundo en el que los cambios son cada vez mayores y cada vez más rápidos.

Muchas gracias.